

El silencio del indio

Aristóteles España
Buenos Aires.

La obra de Silvestre Fugellie está construida en torno a obsesiones y cánticos donde la naturaleza, el amor, ciertos paisajes costumbristas, largos espacios donde la tierra, el hombre, forman un todo, como un largo poema unitario, que va desarrollándose y viviendo a través de la historia. En este caso, el autor nos propone una lectura del mundo -su propio mundo- por donde transcurren cosas que Fugellie deja en un espejo a la manera baudeleriana, pero relatándonos las vidas de seres marginales, como en esas jornadas en que los viejos "habladores" transmitían oralmente a la tribu las cronologías, los mitos, los fantasmas de ahora y de siempre. Sus relatos deben ser vistos también de esta manera: pequeñas historias donde viven seres desamparados, otros en búsqueda de ciclos o mañanas sin saber a ciencia cierta adonde conducen todas estas vidas desparramadas en el frío magallánico, las altas soledades mistralianas por donde el hombre devora al hombre.

Su relato "Pestillo y Taravilla" es un poema a la soledad. Dos campesinos se encuentran en un campo de esta zona, en un "puesto" que Uribe cuida y donde se apresta a pasar el invierno. De pronto llega el petiso Cárcamo con sus historias de toda la cuadrilla. Comparten un trago y de sus conversaciones simples sale un olor a humanidad, a evocación que enternece al lector por la honestidad y la magia de la narración; así transcurre parte de la noche hasta el otro día al amanecer, en que Cárcamo debe seguir viaje. Sus diálogos cortos y precisos, la

descripción del ambiente casi en forma cinematográfica y la anécdota bien configurada hacen de este relato una pieza antológica de nuestra literatura regional.

El relato que da título al libro es una propuesta de como las culturas fueron chocando entre sí, haciéndose carne, fuego, la del español que dominó y colonizó y la de nuestros antepasados aborígenes que terminaron siendo absorbidos y finalmente derrotados.

Todos los textos de Fugellie poseen una "fuerza coloquial" para trasladarnos de un escenario a otro en base a ciertas atmósferas realistas a la manera de Manuel Rojas o de González Vera. En el caso de "Harberton", "Los guanacos también lloran", "La máquina", la multidimensión de experiencias es vasta tanto para retratar la vida de un niño en sus vacaciones escolares en una estancia como ese llanto de guanacos que aún escuchamos en la pampa y en la memoria. Una moderna máquina que todo lo sabe y cuya moral debe dibujar entre sus aullidos de máquina, una Bahía Inútil que no es inútil, y las eternas locuras de vejeces y dionisios, con Silvestre Fugellie jugando a ser espía de sí mismo, encaramado en el borde de amuletos políticos, de recuerdos de esta parte del mundo y de fábulas que sólo él podrá contarnos para que las muchachas de nieve y los jóvenes de nieve puedan vivir para siempre y recordar nerudianamente "¿Cuál es el dios que pasa?" en el silencio de los mestizos.